

POR DONDE PISA DIOS PROBLEMÁTICA EN LA IDENTIFICACIÓN DE EMPEDRADOS COLONIALES

Nicolás González Benegas¹ y Ana Igareta^{1 2}

¹Departamento Científico de Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata-Centro de Arqueología Urbana, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires. ²CONICET.

Contacto: monobenegas@hotmail.com; aigareta@gmail.com

Presentación

El Departamento de Belén en la provincia de Catamarca es una de las regiones arqueológicamente más exploradas de todo el territorio argentino. El interés de los investigadores en dicha área deriva directamente de la existencia de un rico y bien conservado registro material que se remonta más de diez mil años atrás y se extiende hasta tiempos históricos, hecho que convierte a la región en un excelente espacio de estudio de la variabilidad de la ocupación humana en la región valliserrana¹.

Cada uno de los momentos de la evolución cultural de la región –desde la instalación de los primeros grupos cazadores-recolectores hasta la conquista española– ha sido analizado y definido a partir de la información proporcionada por dicho registro material y por documentación histórica en el caso de los eventos más tardíos. De tal forma, la concurrencia en la evidencia de ciertos conjuntos de rasgos es utilizada para definir un período determinado en la historia de la región. En ocasiones, ciertas particularidades del registro o de algunos de sus componentes son demasiado ambiguas como para permitir asignarlo con precisión a una u otra entidad arqueológica, siendo necesario entonces explorar múltiples posibilidades a fin de resolver la problemática.

En el trabajo presentado a continuación expondremos las dificultades surgidas a partir de las tareas desarrolladas en la localidad de Londres (Departamento de Belén, provincia de Catamarca) como parte del proceso de análisis preliminar de una secuencia de tres pisos allí excavados. El área en cuestión presenta un muy abundante registro arqueológico prehispánico, cuyas características formales tanto pueden diferir como coincidir y/o superponerse con la de la evidencia disponible para el período histórico. Dado que dos de los niveles hallados carecían de rasgos diagnósticos que permitieran asignarlos en lo inmediato a uno u otro período –y si bien el tercer nivel corresponde indudablemente a tiempos hispánicos– decidimos analizarlos desde una perspectiva que considerara todas las posibilidades.

Escenario de trabajo

El hallazgo de los pisos en cuestión tuvo lugar entre marzo y abril del año 2004, en el curso de la primera campaña del Proyecto «Londres Histórica»², iniciado un año antes. Dicho proyecto se orienta a la búsqueda e identificación de indicadores materiales y documentales relativos a las primeras instalaciones españolas en la región de Londres durante el siglo XVI, tomando como punto de partida la fundación de Londres de Nueva Inglaterra ocurrida en 1558. Los objetivos definidos incluyen también la revisión de rasgos que puedan servir como antecedentes concretos a dicha instalación y que han sido previamente detectados en sitios ubicados en la ruta seguida por los conquistadores en su ingreso al NOA.

La vida de aquella primera Londres fue efímera, siendo abandonada y destruida apenas cuatro años después de su creación, por conflictos surgidos entre los gobiernos de Chile y Perú que se disputaban el control del Tucumán. El sitio del emplazamiento exacto en que fuera fundada por primera vez se perdió entonces, dado que ni la documentación histórica lo registra con precisión ni se conocen indicadores materiales que permitan señalarlo con cierto grado de certeza.

Con variaciones del nombre original, desde mediados del siglo XVI y hasta fines del siglo XVII, la

ciudad fue refundada media docena de veces en diferentes locaciones, resultando casi siempre en poblados de corta duración; de allí el apelativo de «ciudad viajera» con el que la mencionan cronistas e historiadores. Nuevamente, la información documental sobre el lugar exacto en que ocurrió cada una de tales fundaciones es confusa, al punto de que diferentes autores han ubicado al sitio en locaciones diametralmente diferentes. «*Discusión histórica según la cual Lafone Quevedo lo ubicó [el nombre de Londres] en San Fernando; Larrouy en el Fuerte de Andalgala; Zuluaga en la vertiente occidental del Ambato; Vera en las inmediaciones de la actual Belén y Strube Erdman a veinte leguas de Cañete, en Andalgala*» (Raffino 2004:202). Tampoco el registro material ha ofrecido hasta el momento mayores precisiones al respecto, dado que si bien no se ha desarrollado una tarea sistemática de búsqueda e identificación de los restos en el terreno, la información relevada es siempre confusa y relativa a ruinas sin nombre.

Nuestro trabajo en el terreno se inició como la exploración de una de las hipótesis disponibles sobre el emplazamiento de la ciudad, elegida tanto por hacer referencia a la más antigua de las fundaciones como por ser una de las pocas que la relaciona con un espacio geográfico acotado. «... Pérez de Zurita fundó Londres en 1558. Un pueblo del mismo nombre existe todavía en el lugar del primer Londres, pero la antigua ciudad fue también desplazada a menudo.» (Boman 1908: 46). La potencial superposición entre la población actual y la más antigua de sus predecesoras ha sido señalada tanto por cronistas como por historiadores, y fue por ello que consideramos pertinente analizar la posibilidad desde la perspectiva del registro material.

La ciudad de Londres presenta en la actualidad una morfología urbana particular, dado que la población se divide en dos sectores identificados como «Londres de Arriba» y «Londres de Abajo», separados entre sí por dos kilómetros de la Ruta Nacional 40. Cada una de estas «Londres» cuenta con una plaza central, iglesia y viviendas de vecinos, si bien la Londres de Abajo concentra la mayor densidad poblacional a la vez que es asiento de las autoridades municipales y demás dependencias civiles de importancia. Londres de Arriba, por su parte, goza del reconocimiento popular de ser el sector habitado desde tiempos más tempranos, y de poseer el templo religioso de mayor antigüedad; allí fue donde se inició nuestra intervención arqueológica.

Tomando como epicentro la Plaza Hipólito Irigoyen, centro geográfico de la ciudad, nuestro primer objetivo fue detectar en el terreno potenciales áreas de mayor antigüedad. Realizamos para ello ocho series de sondeos sistemáticos a intervalos regulares que se iniciaron en el centro de la plaza y se proyectaron radialmente hacia la periferia. Fueron excavados un total de 20 sondeos de 50 cm. de diámetro y 1 m de profundidad², a los que se sumaron cuatro cuadrículas de 1 x 1 m y una transecta de 2.20 m x 0.60 m y 2.20 m de profundidad. En todos los casos, la recuperación de material arqueológico fue extremadamente pobre, siendo llamativa la ausencia incluso de basura moderna, hecho que nos obligó a considerar la posibilidad de que la extrema dureza del suelo de tal sector dificultara todo proceso tafonómico.

Una vez prospectada la superficie de la plaza, la excavación continuó en terrenos de la Iglesia Inmaculada Concepción erigida al noreste de la misma, donde se realizaron un total de dieciocho sondeos de iguales dimensiones que los anteriores, más cinco cuadrículas de 1 x 1 m en el sector sur. Nuevamente el hallazgo de materiales fue escaso, si bien pudimos detectar, a 0.50 m de profundidad, la presencia de una pequeña estructura lineal de piedras de forma alargada (0.50 m de largo por 0.30 m de ancho aproximadamente) dispuestas longitudinalmente. Si bien no nos fue posible identificar la funcionalidad de esta estructura, evaluamos la posibilidad de que la misma formara parte de los cimientos de una construcción previa a la iglesia actual.

Fue la excavación de una tercera unidad del terreno, denominada Viejo Oratorio, la que permitió la localización del hallazgo más significativo. En ese sector, ubicado unos ochenta metros al este de la plaza y sobre un camino lateral que sale en diagonal de esta, la apertura de sondeos permitió detectar la presencia de una secuencia de tres pisos arqueológicos superpuestos, uno de baldosas y dos de piedra. Se excavaron allí un total 14 cuadrículas de 1 m x 1 m, en las cuales se expuso un total de 3.20 m² de piso baldosas y 2.00 m² de empedrado. El hecho de que el sector en cuestión fuera un pequeño espacio liberado y sobreelevado frente a la calle, rodeado por una vivienda moderna, una huerta activa y una estructura del XIX, definió los límites de la extensión superficial de la excavación, complicación habitual en un trabajo de arqueología urbana.

El desnivel existente entre la vereda donde se excavaron los pisos y la calle trazada más de un metro por debajo de esta, genera una discontinuidad en el registro que tanto podría responder al diseño original de los mismos como a una modificación posterior derivada de modernos procesos de transformación urbana, hecho que no hemos podido determinar aún con precisión.

La excavación de esta secuencia de pisos se realizó bajo la premisa de evitar, en la medida de lo posible, la agresión y/o destrucción de los niveles superiores en el proceso de exponer los inferiores, buscándose en cambio acceder a ellos a través de los sectores en que el nivel superior se encontrara ausente.

Detalle de los pisos

El primer nivel detectado - enterrado entre 0.05 y 0.10 m por debajo de la superficie actual - corresponde a un piso de baldosas hexagonales de ladrillo, sin vidriado superficial y típica coloración rojiza, cuyo tamaño fue determinado en 28 cm. de ángulo a ángulo x 28 cm. de lado a lado x 15 cm. de lado y uno 3,5 cm. de espesor. Por debajo de este piso se extiende un contrapiso de arena y grava de clastos de granulometría muy fina y escasa potencia. En ciertos sectores del piso expuesto durante la excavación, fue posible observar el reemplazo de las baldosas originales hexagonales (presumiblemente desaparecidas o dañadas de modo irreparable) por fragmentos de ladrillos rectangulares recortados y formatizados para tal fin. El piso de baldosas fue expuesto mediante la apertura de ocho cuadrículas de 1 m x 1 m.

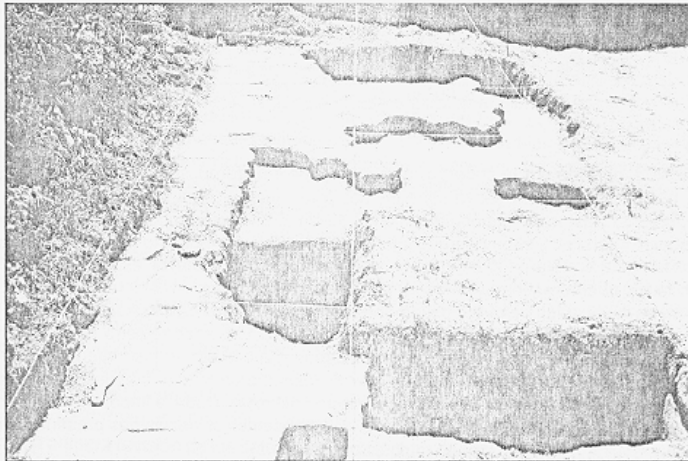


Imagen 1. Vista del piso de baldosas hexagonales de ladrillo

El segundo conjunto de pisos expuesto, por debajo del de baldosas, corresponde a lo que Martín-Rincón define como empedrado, un pavimento de piedra ejecutado mediante el empleo de cantos rodados (piedras cuya superficie ha sido alisada a fuerza de rodar por acción del agua) o adoquines (pequeños bloques paralelepípedos de piedra, ocasionalmente tallados en algunas de sus caras) (Martín-Rincón 2001:226). El hallazgo en el Viejo Oratorio consistió dos niveles de piso de cantos rodados cuya superficie fue parcialmente expuesta mediante la excavación de cinco cuadrículas de 1 x 1 m, alcanzándose una profundidad máxima de 1.35 m. Las piedras empleadas en ambos pisos se corresponden con el material disponible en los lechos de los ríos Quimivil y Hondo, ambos próximos al sitio. La excavación permitió exponer un total de 2,80 m² del empedrado superficial, con la particularidad de permitir el acceso a una visual de cerca de dos metros lineales del mismo, así como la identificación de lo que podría ser considerado uno de sus límites perimetrales, un borde bien definido a semejanza de un escalón, bajo el cual asomaban unos 0.30 m del segundo nivel de piso ubicado por debajo.

Dado que el empedrado superior se encuentra directamente apoyado sobre el inferior, las características de este último solo fueron relevadas en aquel sector en que se encontraba directamente expuesto (el escalón de la esquina oeste). cualquier otro curso de acción hubiera implicado la destrucción parcial del empedrado más moderno. Solo se realizó un sondeo horizontal por debajo del empedrado superior, de 0.80 m de longitud, a fin de determinar la continuidad del nivel inferior de empedrado por debajo del superior, hecho que fue constatado.



Imagen 2. Vista de los tres pisos superpuestos

Tal escalón, definido por la superposición de ambos empedrados en su límite oeste, permitió observar una diferencia significativa entre los dos niveles que lo componen: mientras que el piso superior presenta clastos de menor dimensión -5.35 cm. diámetro promedio-, más angulosos y con menor espacio intersticial, el empedrado inferior se encuentra compuesto por clastos de mayores dimensiones -6.30 cm-diámetro promedio-, más redondeados y mayor espacio intersticial. Los cantos rodados que componen ambos empedrados presentan un excelente nivel de selección, siendo mínima la variación de rango de tamaño en cada uno de los casos. Además, y si bien no se observa en el material ningún tipo de trabajo de formalización, sí se registra un esfuerzo en su colocación, de modo ordenado aunque sin regularidad. En cambio el piso inferior presenta una serie de clastos de mayores dimensiones -11.6 cm. diámetro promedio- dispuestos linealmente a modo de borde terminal y con un aspecto diferenciado del resto. Dada la imposibilidad de localizar los límites del empedrado en los otros laterales, desconocemos si los mismos presentan una línea semejante.

La excavación de nuevos sondeos en sectores periféricos a la secuencia de pisos permitió la recuperación de algunos fragmentos de cerámica y hueso, así como también de un crucifijo entera de madera y metal, pero más allá de estos hallazgos aislados no detectamos la presencia de elementos que pudieran ser directamente asociados a estos. Tal ausencia de información contextual contribuyó a dificultar la interpretación de los pisos, dada la falta de referencias que permitieran asignar los mismos a un periodo determinado. Asimismo, tales sondeos nos llevaron a constatar la ausencia de evidencia que permitiera asumir la existencia de cimientos, paredes u otro tipo de elemento arquitectónico asociado a los pisos, hecho que complicó definir si los pisos hallados correspondían a un sector intramuros o extramuros.

Interpretando los pisos: alternativas prehistóricas.

Una vez expuestos y relevados los tres niveles de pisos, un hecho se hizo evidente: mientras que el primero de ellos, el de baldosas, era positivamente identificable como manufactura colonial (no existen registros de baldosas prehispánicas), los empedrados (estructura en piedra sin rasgos diagnósticos) tanto podrían haber sido construidos en tiempos indígenas como en tiempos históricos, e incluso haber sido utilizado durante ambos periodos.

Cabe recordar aquí que la región de Bolón, al igual que gran parte del resto del territorio catamarqueño, se encuentra literalmente sembrada de cientos de estructuras de piedras de muy diversos tipos cuya antigüedad se remonta a los más tempranos momentos de ocupación indígena. Ello hace que el hallazgo de todo elemento lítico sin rasgos claramente identificables como históricos deba ser analizado como potencialmente prehistórico.

A fin de explorar tal posibilidad y de evaluar las alternativas surgidas de su análisis, procedimos a revisar, en la literatura arqueológica disponible para el área, referencias relativas a la presencia de estructuras líticas prehispánicas con características semejante a los empedrados excavados en Londres. Siguiendo un criterio cronológico, y dada la exorbitante abundancia de literatura arqueológica referida al trabajo en piedra en el NOA desde hace más de ocho mil años, decidimos acotar nuestra revisión a la información disponible referente a la región de Hualfin, en cuyas estibaciones más meridionales se ubica Londres.

Deseamos dejar en claro que no es intención del presente artículo desarrollar una revisión detallada de las características de los distintos periodos arqueológicos definidos para el NOA ni mucho menos discutir los rasgos asignados a cada uno, sino simplemente emplearemos parte de los datos disponibles al respecto para construir un esquema de comparación que permita referenciar nuestro hallazgo.

Por otra parte, consideramos pertinente aclarar aquí las dificultades surgidas durante la revisión ante la mención de estructuras genéricamente definidas como «empedrados» de las cuales no se brindaban otros datos o precisiones. En tales casos, y en ausencia de toda forma de registro gráfico que permitiera esbozar un mínimo plan de comparación, estas estructuras no fueron tenidas en cuenta en la recopilación de antecedentes.

El uso recurrente de elementos líticos en la manufactura de estructuras arquitectónicas se remonta a unos tres mil años atrás, al período definido como Período Temprano (González, 1955) o Formativo Inferior (Raffino, 1999), el cual se inicia hacia el 600 aC y se extiende aproximadamente hasta el 500 dC. En el marco de los estudios prehistóricos del NOA, el Formativo es entendido como el momento en que se produce el surgimiento de las primeras aldeas dispersas y el inicio de una explotación de los recursos naturales que combina el consumo de especies silvestres de plantas y animales con el de las primeras variedades domésticas. Se registran para entonces las primeras obras de agricultura de rego, mediante la aparición en el registro de estructuras muy simples.

La arquitectura del Formativo Inferior se caracteriza por el uso recurrente de piedra en los muros y sección inferior de las paredes de sus recintos, en los que predomina la planta circular para habitaciones y patios, si bien existen registros de la existencia de otros de planta rectangular. Los pisos son de tierra, identificados en su mayoría a partir de la aparición de una capa de sedimento de mayor dureza. Son características también del Formativo las cámaras subterráneas cilíndricas empleadas como tumbas y excavadas en el piso de patios y viviendas. Sus paredes revestidas en piedra y su cierre en forma de falsa bóveda mediante el empleo de bloques de piedras de forma plana conforman una tradición arquitectónica que perduró hasta tiempos históricos.

Si bien una primera revisión de los datos de la arquitectura de este período nos permitió constatar la virtual ausencia de referencias relativas a la presencia de superficies empedradas, algunos de los textos considerados dan cuenta de la aparición de ciertos rasgos cuya existencia debe ser tenida en cuenta al momento de intentar establecer comparaciones. El más significativo de ellos fue el de los enterratorios con superficies recubiertas en piedra. «Las tumbas, generalmente individuales, eran de forma cilíndrica y realizadas con rocas elegidas y unidas con mortero de barro; concluían en una base de piedra y arcilla muy bien consolidada y en la superficie exterior, por encima del nivel del piso, en una cúpula formada por un conjunto de piedras, a manera de falsa bóveda» (Berberían y Raffino, 1991:65). Las descripciones que dan cuenta de las características de las piedras que tapizan las superficies de estas tumbas indican que se trata en su mayoría de clastos planos y alargados —marcadamente diferentes a cantos rodados— recubriendo superficies circulares de entre 1 m y 1.60 m de diámetro. Por otra parte, cabe mencionar que si bien ese tipo de enterratorio es habitual en muchos sitios del Formativo, en el Valle de Hualfin las inhumaciones corresponden al tipo directo, sin presencia de estructuras líticas afines en el caso de individuos adultos y al tipo en urna, en el caso de infantes.

La bibliografía revisada menciona también de modo más o menos recurrente la existencia de superficies recubiertas con lajas o piedras aplanadas de grandes dimensiones, aunque ninguna con características en primera instancia comparables con los empedrados de Londres.

El siguiente momento del desarrollo cultural de la región de Hualfin, el Período Medio (González, 1955) o Formativo Superior (Raffino, 1999) se extiende entre el 500 dC y el 900 dC. Durante ese período —en lo que se ha interpretado como un proceso de complejización de la estructura social y el surgimiento de jefaturas regionales— el registro material muestra la aparición de estructuras arquitectónicas más complejas, incluyendo sistemas agrícolas en andenes a diversa altura. Apare-

cen también para entonces rampas y escalinatas pavimentadas/empedradas, guiando el acceso a pequeñas pirámides o cerros artificialmente aterrizados (allpataucas), a los que se atribuye una función ceremonial. El patrón de asentamiento aldeano inicia durante este período su camino hacia la urbanización. Es interesante mencionar que este proceso no se da de modo uniforme en todo el NOA, sino que se registra de modo acotado en el área valliserrana.

Nuevamente para este período prima la mención de superficies empedradas con clastos planos y alargados, básicamente en referencia a escaleras, y siempre diferentes a los empleados en el piso bajo análisis. En lo relativo a las rampas, las piedras son empleadas en ellas en la construcción de los laterales verticales, siendo la superficie oblicua de la rampa de tierra apisonada en todos los casos revisados.

Entre el 900 dC y la invasión incaica al NOA calculada para 1471 se extiende el Período Tardío (González, 1955) o momento de Desarrollos Regionales (Raffino, 1999). Se registra para entonces un fuerte enfrentamiento entre jefaturas locales, hecho que se refleja en una modificación del patrón de asentamiento que lleva a que los poblados se ubiquen en sitios cada vez más elevados; asimismo, se produce la aparición de importantes estructuras defensivas del tipo pukará. Durante este período se expanden las prácticas de regadío en terrazas y andenes escalonados. Aumenta también el índice de ocupación del suelo, en aldeas que crecen progresivamente pero sin que se registre en ellas un planeamiento urbano efectivo.

En la arquitectura aparecen plazas, calzadas y basurales como rasgos característicos, prolifera el trabajo en piedra en estructuras de diversos tipos, si bien nuevamente no hemos podido localizar referencias concretas a empedrados, primando en cambio la descripción de las paredes perimetrales de grandes recintos edificados en piedra y con distintas técnicas constructivas.

El último período a considerar en la historia cultural del NOA prehispánico es aquel iniciado por la invasión incaica ocurrida hacia 1471 y extendido hasta la conquista española de mediados del siglo XVI.

Dentro del abundantísimo repertorio arquitectónico inca estudiado en región, dos tipos específicos de estructuras de piedra se revelaron como potenciales coincidencias con los empedrados de Londres: el *capacñam* o camino del inca, y las *cochas* incaicas.

El *capacñam* -elemento clave en la expansión imperial incaica- constituyó la principal red vial andina del mundo prehispánico, cerca de veinte mil kilómetros que unían de norte a sur y de costa a selva los territorios del Tawantinsuyo. Si bien gran parte del trazado original fue destruido, varias secciones han sido identificadas y analizadas en los últimos años, al igual que sus principales características. Estas son enormemente variables a lo largo de las diferentes regiones, si bien los rasgos estructurales recurrentes de su trazado pueden ser reducidos a nueve categorías: empedrado, adoquinado con o sin desagüe, despejado, con taludes, escalonado, con rampa, despejado y amojonado, y encerrado con muros (Raffino, 1981). «*Con empedrado nos referimos a sectores muy reducidos del camino en cuyo piso fueron dispuestas piedras o lajas con diferente grado de regularidad y no muy cuidada terminación. Su fin debe haber sido el de asegurar el tramo en zonas de suelo disgregable...*» (Raffino 1981:204).

En territorios del Kollasuyo, la provincia más meridional del imperio y a la cual perteneció el NOA, la modalidad de empedrado se constata con escasa frecuencia, siendo el tipo despejado -sin detalles de infraestructura más allá de una limpieza superficial de tipo rastrillado- el empleado masivamente. Cabe recordar que a pocos kilómetros de Londres (y en directa relación con El Shincal, importante sitio incaico que se cree sirvió como capital regional del imperio) han sido identificados varios tramos de *capacñam*, si bien en este caso los mismos pertenecen al tipo reforzado con taludes.

El otro rasgo a considerar en la comparación con los empedrados excavados por nosotros, es el de las *cochas* incaicas, un tipo particular de recubrimiento de piedra constituido por clastos redondeados, que aparece en el interior de los *ushnus*, estructuras ceremoniales dispersas en sitios a lo largo del imperio. Si bien la presencia de otro tipo de recubrimiento superficial de piedra es relativamente habitual en sitios incaicos (correspondiendo en su mayoría a la categoría de pavimentos) la aparición de *cochas* es un hecho estadísticamente inusual, habiéndose registrado solo cuatro casos en todo el Tawantinsuyo, siendo una de ellas la *cocha* del *ushnu* del mencionado sitio El Shincal. Lamentablemente, no nos fue posible acceder a descripciones más detalladas o registros gráficos que dieran cuenta de las características del empedrado en ninguno de los cuatro casos, si bien es posible afirmar que, en líneas generales, este tipo de estructura de piedra es la más semejante a la de Londres de todas cuantas hemos revisado.

Alternativas históricas

Recapitulando lo analizado hasta aquí consideramos pertinente afirmar que si bien existen puntos de contacto entre los empedrados excavados por nosotros y algunos elementos semejantes construidos durante diferentes momentos del período prehispánico, lo cierto es que en ninguno de los casos estudiados ha sido posible establecer una coincidencia concluyente entre unos y otros.

Consideraremos entonces analizar el registro desde una segunda perspectiva, a fin de comparar los resultados obtenidos. A diferencia de la revisión comparativa realizado con el registro prehispánico, en la cual solo fueron consideradas las características formales de los empedrados, en esta segunda instancia intentaremos un análisis que integre la información histórica disponible para el piso de baldosas y nos permita extrapolarla a los empedrados.

Partiendo de la consideración de que el piso de baldosas fue construido en tiempos históricos y, dada la estrecha relación observada entre este y los empedrados es posible asumir que los tres niveles de piso cumplieron sucesivamente una función semejante; es decir, sirvieron a un mismo propósito, si bien en diferentes períodos. En tal caso, la determinación del propósito cumplido por el embaldosado podría aportar datos en la determinación de la funcionalidad de los pisos de piedra.

Una vez aceptada esta hipótesis, el primer paso fue establecer la posible función del piso de baldosas, así como un rango tentativo de antigüedad. De acuerdo a Schávelzon (1991), y si bien no existe información exacta sobre cuando empezaron a usarse en nuestro país, lo cierto es que se supone que su fabricación fue tan temprana como la de los primeros hornos dedicados a la cocción de tejas y ladrillos, instalados durante el siglo XVII. Dado su elevado costo, durante los primeros tiempos de la colonia su utilización se vio restringida a espacios particularmente relevantes en términos de status social, tal como casas y patios de vecinos adinerados o templos y recintos religiosos. «La utilización de pisos de ladrillo es una tradición que se incorpora a la arquitectura americana durante la colonia, y de seguro, su uso tendría connotaciones sociales (prestigio, por supuesto). Teniendo en cuenta los altos costos de los materiales constructivos (...) podría presumirse la utilización de este tipo de materiales en lugares que ostentaban poder político, económico y/o religioso. Quiénes podían disponer y utilizar el ladrillo en los pisos debían contar con cierto poder adquisitivo...». (Martín-Rincón 2001: 235). Solo a partir de fines del siglo XVIII, y gracias al proceso de industrialización que favoreció su fabricación en serie, se volverán más populares y accesibles al común de la gente, a la vez que mucho más abundantes en el registro arqueológico.

La manufactura y utilización de baldosas hexagonales de ladrillo en nuestro país ha sido bien documentada en relación con la producción local órdenes religiosas como la Compañía de Jesús, y con la construcción de sus iglesias y recintos. Si bien durante los primeros años de la conquista los templos religiosos -al igual que el resto de las instituciones españolas- muchas veces ocuparon construcciones indígenas preexistentes o fueron instaladas en precarias estructuras construidas expeditivamente, con el correr del tiempo se volvieron cada vez más sólidas y permanentes. En la medida en que los asentamientos españoles fueron más duraderos, las construcciones religiosas incorporaron progresivamente elementos arquitectónicos más complejos: cimientos de piedra, pisos de baldosas, paredes de adobe y techos de teja. Es interesante destacar como, el plan general de edificación de templos, los pisos tuvieron un valor particularmente significativo, hecho que podría explicar parcialmente la supervivencia de los mismos cuando el resto de la estructura ha desaparecido por completo. Así lo indican los trabajos desarrollados en otros sitios de la época: «... podría tener un piso tan bien elaborado una obra con paredes de tapia y cimientos tan pequeños? Suponemos que así fue ya que las instrucciones para construir iglesias que se manejaban en la época eran claras al respecto: por ejemplo San Carlos Borromeo, en su libro sobre el tema publicado en 1577...» desataca la importancia de construir pavimentos sólidos como reflejo de la firmeza de la fe (Schávelzon, 1998: 33).

Lo antedicho permite postular la propuesta general de que el piso de baldosas detectado en Londres -y por extensión los empedrados subyacentes- fueron construidos con el objeto de recubrir la superficie interna de un recinto religioso construido durante el período colonial. La confusa historia de fundaciones y refundaciones sucesivas de la ciudad ha generado un registro igualmente confuso de información relativo a la instalación religiosa en las diferentes locaciones, lo que dificulta tratar de establecer con margen de precisión el período de construcción y utilización del recinto definido por los pisos bajo análisis. No hemos podido obtener hasta el momento fechas exactas relativas a la instalación de los jesuitas en la ciudad de Londres, ni tampoco de qué Londres se trata en cada uno de los casos, si bien si hemos obtenido algunas referencias tempranas que dan cuenta de la existencia de recintos religiosos susceptibles de ser relacionados con los pisos en cuestión

Un documento de 1671, por ejemplo, la Carta del Gobernador de Tucumán don Ángel de Peredo sobre el estado de la provincia, aconseja el traslado de la ciudad al Valle de Catamarca, argumentando como una razón de peso la necesidad de que «... la religión de San Francisco funde el convento que antiguamente tenía en Londres». (Larrouy, 1915: 96), cerca de ochenta años antes.

El sucesor de Peredo, José de Garro, envió asimismo una carta al Rey en 1678, en la que vuelve a mencionar el miserable estado en que se encuentra la ciudad de Londres. Asimismo, entre las conveniencias de mudarla al Valle de Catamarca, incluye la necesidad de que en la ciudad (que ya tiene el santuario de la Virgen) se funde un convento «... de la seráfica religión de San Francisco como lo hubo en la ciudad poblada de Londres...» (Larrouy, 1915:111).

Teniendo en cuenta lo antedicho, y dado que a partir del siglo XVIII los emplazamientos de Londres se encuentran mejor registrados que en tiempos precedentes —y ninguno coincide con el la ciudad actual— es posible afirmar que el piso de baldosas de la secuencia considerada puede haber pertenecido a un templo edificado en algún momento del siglo XVII, cuando una de las poblaciones históricas fue fundada en las proximidades de la Londres actual. En tal caso, es posible admitir también que dicho templo ocupó el mismo sitio que había ocupado durante una fundación anterior, momento al cual corresponden los empedrados más antiguos.

Un caso semejante al aquí propuesto se encuentra registrado para la ciudad de Mendoza. Las investigaciones allí realizadas en las Ruinas de San Francisco, en el que fuera el primer templo y colegio jesuita de la ciudad (Schávelzon, 1998) permitieron obtener un modelo detallado de la secuencia histórico-constructiva sufrida por la estructura, con las siguientes conclusiones: «... es posible pensar que la primera iglesia nunca fue construida como tal; fue el resultado de un larguísimo proceso de mejoramiento, ampliación, remodelación y reciclaje hecho a partir de una casa inicial, extremadamente modesta» (Schávelzon 1998:19). También allí se estudió una secuencia de pisos (el primero del siglo XVII, el segundo del siglo XVIII) siendo el más antiguo de ellos construido con baldosas hexagonales de cerámica, si bien —y a diferencia de las de Londres— la superficie de estas se encuentra vidriada. La similitud formal y de manufactura de estas baldosas con otros objetos de cerámica encontrados en el sitio les permitió postular la hipótesis de una fabricación alfarera local, hecho confirmado por diversos documentos históricos. «Lo descubierto nos permite suponer que en realidad no se destruyó en el proceso de construcción todo lo existente para hacerlo a nuevo, sino que se aprovechó en lo posible, especialmente como relleno para levantar el piso...» (Schávelzon 1998:20)

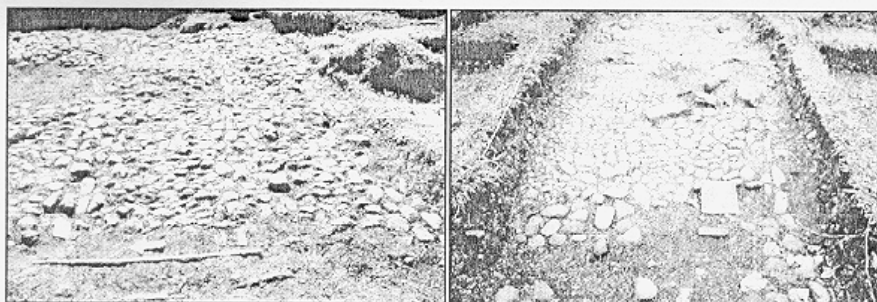
Ampliando el marco de referencia

Hasta aquí hemos expuesto sintéticamente las alternativas consideradas en la interpretación de los pisos a partir de los datos arqueológicos de diversos tipos disponibles a nivel local. Sin embargo, hemos decidimos también hacer mención a un registro que si bien remite a sitios geográficamente alejados, representa a nuestro anteceder un antecedente insoslayable para el entendimiento del temprano proceso de doblamiento del NOA.

Guiados por el ya mencionado interés en la revisión de la ruta de los conquistadores, decidimos revisar la existencia de referencias a pisos de baldosas / empedrados en ciudades coloniales tempranas, siguiendo para ello el derrotero que los soldados españoles realizaron durante el siglo XVI y hasta bien entrado el XVII, una vez llegados a América del Sur.

Descubrimos entonces que, en lo que alguna vez fue el casco urbano de la antigua ciudad de Panamá (Panamá), fundada en 1519, cientos de metros cuadrados de empedrados de cantos rodados han sido excavados; en la mayor parte de los casos, estos fueron detectados debajo de pisos de baldosas de ladrillos. Si bien las baldosas relevadas allí pertenecían al tipo rectangular, en cambio las características formales de los empedrados eran totalmente similares a las halladas en Londres. En Panamá La Vieja, la recuperación de elementos asociados a los pisos así como la disponibilidad de un preciso registro documental, permitió asignar a los empedrados una antigüedad que, en algunos casos, se remonta al primer período de existencia de la ciudad, casi quinientos años atrás.

Una de las características particularmente interesantes de los empedrados panameños fue la presencia de «maestras» en los bordes laterales de los mismos, piedras de mayor porte que la que componen el resto del piso cuya función era la de servir como guía para la construcción del resto de la superficie. Dicha característica reproduce al detalle lo observado en los empedrados de Londres.



Imágenes 3 y 4. dos vistas de los antiguos empedrados panameños
(tomadas de Martín-Rincón 2001)

Si bien también en otros aspectos la semejanza formal entre los pisos panameños y los excavados en Catamarca es asombrosa, aún estamos lejos de poder asumir con certeza una relación concreta entre ambos. Simplemente los mencionamos aquí como ejemplo de la importancia de trabajar en un marco amplio de referencia al momento de analizar elementos particularmente problemáticos del registro colonial temprano.

Consideraciones finales

La problemática planteada al inicio de este trabajo constituye una de las muchas dificultades que surgen al momento de iniciar investigaciones de arqueología histórica en regiones en las que el registro histórico se superpone con el prehistórico. Las alternativas consideradas en el análisis de la secuencia de pisos excavado en Londres son apenas un esbozo del potencial total que resta por explorar, en un proceso que deberá integrar datos tradicionalmente considerados como disímiles a fin de generar una interpretación más acabada de los hechos.

Agradecimientos

A Sergio Bogan, Alejandra Estrada, Daniel González y Marina Iwanow, por aguantar a pie firme la excavación al sol del mediodía de Catamarca. A la Municipalidad de Londres por permitir la excavación y a los vecinos por aguantarla. A la gente del DCA del Museo que nos ayudó en el laberinto de la arqueología prehistórica. Y al Dr. Raffino, que estuvo convencido desde el primer minuto que habíamos encontrado algo significativo.

Notas

- ¹ Ver Berberían y Nielsen 2001 para un panorama general del tema.
- ² El Proyecto Londres Histórica es uno de los varios proyectos de investigación que se articulan como parte del Proyecto NOA: Arqueología, Urbanismo, Etnohistoria y Bioantropología Regionales, dirigido por el Dr. Rodolfo Raffino y desarrollado gracias al aporte de la UNLP, el CONICET y la ANPCT, así como de la Municipalidad de Londres y del Superior Gobierno de la provincia de Catamarca.
- ³ Un sondeo cada 20 m en el perímetro, más un sondeo cada 20 m en los sectores internos, sumando un total de 24 proyectados de los cuales 4 fueron imposibles de realizar por estar la superficie cubierta de hormigón.

Referencias bibliográficas

- BERBERIAN, E. y A. NIELSEN (Dir). 2001. *Historia Argentina Prehispánica*. Tomo I y II. Editorial Brujas. Córdoba.
- BERBERIÁN, E. y R. RAFFINO. 1991. *Culturas indígenas de los Andes Meridionales*. Colección Quinto Centenario. Alhambra Longhman SA. Madrid.
- BOMAN, E. 1908. *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y el desierto de Atacama*. Vol. 2. Paris.
- GONZALEZ, A. R. 1955. Contextos culturales y cronología relativa en el Área Central del NO argentino. *Anales de Arqueología y Etnología*. Tomo XI. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras. Mendoza.

- LARROUY, A. 1915. *Documentos relativos a Nuestra Señora del Valle y a Catamarca*. Tomo I (1591-1764). Compañía Sudamericana de Billetes de Banco. Buenos Aires.
- MARTIN-RINCÓN, J. 2001. Pisos coloniales en Panamá La Vieja: una manera de afianzar el status. *Arqueología de Panamá La Vieja. Avances de Investigación. Época Colonial*. Patronato Panamá Viejo, Vicerrectoría de Investigación y Postgrado de la Universidad de Panamá. Panamá.
- RAFFINO, R. 1981. *Los inkas del Kollasuyu. Origen, naturaleza y transfiguraciones de la ocupación inka en los Andes Meridionales*. Editorial Ramos Americana. Buenos Aires.
- SCHAVELZON, D. 1991. *Arqueología Histórica de Buenos Aires. La cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*.
- SCHAVELZON, D. 1998. *Las Ruinas de San Francisco – Arqueología e Historia*. Editado por la Municipalidad de la Ciudad de Mendoza. Mendoza.